

A PROPÓSITO DE LA POESÍA DE ADOLFO GARCÍA ORTEGA

De Álvaro Valverde

Adolfo García Ortega (Valladolid, 1958) es una persona polifacética, un auténtico hombre de letras: es editor (ahora en Planeta), novelista (autor de *Los días rusos*, *Mampaso*, *Café Hugo*, *Lobo*, *El comprador de aniversarios* –Premio “Dulce Chacón”- y *Autómata*), traductor (de Valery Larbaud, pongo por caso) y, ante todo, poeta. Quiero decir que, a favor o en contra del tópico, eso poco importa, es éste el rasgo que predomina en García Ortega del mismo modo que prevalece en todos los escritores que compaginan, a su pesar a veces, géneros distintos; si tal distinción, en rigor, fuera a estas alturas de la historia literaria procedente.

La Fundación Loewe viene propiciando un ciclo de conferencias denominado “Los otros poetas” donde pintores como Eduardo Arroyo, músicos como Luis de Pablo o escritores como Vargas Llosa hablan de su experiencia de la poesía. Éste último tituló la suya, sin miramientos, *En torno a la poesía*. Tras confesarse impenitente lector de una forma artística (casi) tan antigua como la humanidad (y, a su pesar, casi secreta) y reconocer avergonzado que no sólo pergeñó algunos poemas sino que incluso, lo que es peor, llegó a publicarlos en revistas (lo que le permite a los pertinaces tesinandos de todo el mundo sacarlos a la luz de vez en cuando), después de recordar la famosa frase de Borges, cuando dijo que “en poesía sólo se admite la excelencia”, el autor de *La ciudad y los perros* afirma: “Creo que en todo novelista, en todo prosista, hay siempre un nostálgico y un envidioso del poeta. Porque en su fuero íntimo todo prosista sabe que en la poesía se puede alcanzar una perfección que rara vez o nunca se alcanza con la prosa”.

Tal vez por eso, ya decía, la mayor parte de los novelistas que han sido o son también poetas reconocen que su mirada y su memoria son, sobre todo,

poéticas y que desde ahí conciben su personal y transferible mundo literario. “El poeta nace, el novelista se hace”, dice con sorna el escritor peruano.

Y ya que de poesía hablamos, conviene repasar llegados a este punto la que Adolfo García Ortega ha venido dando desde muy joven a la imprenta. Como él mismo nos explica en su libro *Fortuna* (Pre-Textos, Valencia, 1993), “hasta 1988 (...) no puede decirse que haya en mi poesía anterior demasiada madurez”. Por eso, sus libros *Esta labor digital* (1983) y *La mirada que dura* (1986) quedan reducidos, en el citado *Fortuna*, a trece poemas agrupados bajo el título de *Palabras de las cosas*. No obstante, en su antología *Pienso siempre en aquellos (1983-2000)* recupera once poemas de esos dos libros primerizos, según él, que vuelven a aparecer con sus respectivos títulos originales.

El cambio hacia la madurez se daría con *Oscuras razones*, el libro del 88, que se publicó en la mítica editorial Trieste, la de su “malogrado y muy querido amigo Valentín Zapatero”.

Le siguieron *Los hoteles* (que publicó, en parte, en la bellísima colección malagueña *Plaza de la Marina*), *Travesía* (Pre-Textos, Valencia, 2000) y *Te adoro Kafka* que acaba de ver la luz en la misma editorial levantina que dirige Manolo Borrás.

Como ven, no son demasiados libros, a pesar de que pertenece a una generación, la denominada *de los Ochenta*, bastante incontinente. Aunque su poesía (debido a motivos que no tengo ocasión de abordar aquí) podría haber entrado dentro de los cánones promocionales, esos que determinan su tendencia dominante, la mal nombrada como “poesía de la experiencia”, por suerte (o eso creo), la de García Ortega es una poesía que campea a sus anchas sin ataduras a grupos ni a corrientes lo que dice mucho de su vitalidad y, lo que es más importante, de su diferencia. Quiero decir que la suya es una poesía con voz propia que es, a mi modo de leer, lo mínimo que puede exigirse a una poesía que se quiera tal.

García Ortega se considera “un poeta con tradición”. Señala como autores de su estirpe a Eliot, Cernuda, Carner, Cavafis, Auden y Ferrater. Y a Gil de Biedma –acaso su maestro más directo-, al aludido Larbaud y a Seferis.

Dice ser un poeta a la “búsqueda desesperada del mito”, esa X implícita en la definición de Roland Barthes. Según el semiólogo francés, el mito “es el resultado de la suma de significado más significante más X”. “Esa X, dice García Ortega, ese innominado innombrable intangible es el mito. Y buscarlo –añade– (...) es la esencia de mi poesía o, en realidad, de la poesía toda”. Esa “inevitable propensión al mito”, que diría su admirado Gil de Biedma, se resuelve, sin embargo, sin rebuscamientos y tramposas oscuridades pues si algo caracteriza la poesía de este autor es, por decirlo con una sola palabra, la claridad.

Justo Navarro, en un ensayo no menos esclarecedor, alude al gran conversador que Adolfo es y eso me lleva a recordar un verso para mí inolvidable, del cubano Eliseo Diego, aquello de que “un poema es una conversación en la penumbra”. A ese tono confidencial, de lo dicho en voz baja, entre amigos, se adapta bien la voz que se dirige al lector desde los poemas de García Ortega. Tienen, sí, “la energía de los conversacional”, como dice el autor de *Un aviador prevé su muerte*. Añade que es la suya la poesía propia del “observador y del espía: mira y escucha” y que por hablar en sus poemas consigo mismo habla con quien le lee. Pero es otro rasgo también señalado en ese prólogo donde encontramos, quizá, lo que distingue más y mejor la poesía de Adolfo García Ortega. Me refiero al tema del viaje y, en consecuencia, del viajero; un asunto que está en el origen mismo de la literatura. Al fin y al cabo, no hemos dejado de viajar desde *La Odisea*.

De viajes reales, los más, e imaginarios están plagados estos poemas. Viajes a lo lejano que, paradójicamente, aterrizan siempre, por encima de lo exótico, en lo más cercano y hasta en lo íntimo. Viajes a través del espacio, claro, pero

más que nada del tiempo lo que les acaba dando ese aire “sensorial”, emocionante, como indica Navarro.

Para darse cuenta del alcance de esta aventura, nada mejor que estas palabras del propio autor: “El camino de la derecha lleva al mismo azar que el camino de la izquierda”. Así, García Ortega alude a “lugares huidizos que el/ viajero busca/ infinitamente”, “lugares para creerse dueño de algún mundo”. “Ahora deambulamos –dice– por hoteles perdidos/ en donde no ser nadie”.

“Los viajes me obsesionan –escribe– porque/ lo prometen todo./ ¿Quién no deja casa, padres, un buen trabajo y una reputación/ para hacerse con la promesa de los viajes, por hacerse/ con la promesa del otro lugar, al otro lado del espejo”.

Ese cruce entre lo cercano y lo lejano, ese incesante ir y venir, le permite acceder a cierta sabiduría que bien podría resumirse en estos versos: “Todo es insignificante y enorme a la vez, como la muerte”.

Al desoír el consejo de Pascal, al abandonar la seguridad del cuarto propio, el poeta se enfrenta a la vida; lo que, a la postre, no deja de ser la mayor ambición de todo escritor que se precie. De ahí que pueda aplicársele unas palabras que él dedica a un magnífico pintor de Bolonia: “A mi entender, eso pintó Morandi:/ la vida entera, sucia y general”.

“¡Seamos un lugar –concluye–, un alfabeto!”.

Dije antes –y debo ahora retractarme– que no iba a entrar en las razones que podrían justificar la inclusión de esta poesía dentro de la ambigua y mal llamada “poesía de la experiencia”. Ya lo hice en parte al citar a sus poetas de cabecera. Con todo, no hay más remedio que reconocer como uno de sus usos más generales y asentados el de concebir al protagonista del poema como un personaje inventado. Algo que excede, con mucho, a esa particular tendencia hispánica para acogerse a la muy universal tradición anglosajona, de la que participa, por cierto, casi toda la poesía escrita por nuestra generación. De esta manera, según García Ortega, se llega a “fabricar un personaje”, se

crea “una voz que narre y diga los poemas, pero que no sea la del poeta sino que tan solo lo parezca”. Así, “la ficción en poesía se envuelve en artificio”, un “artificio vital y cultural”, algo que se pone de evidencia en estos poemas llenos de referencias literarias y artísticas, culturales en suma, y, más allá, de vida y de circunstancias aproximadamente personales. Es en este punto donde la poesía de G. Ortega entronca con su prosa pues si por algo se caracteriza es por su *narratividad*, algo que justifica por sí solo lo que dije antes acerca de su llamativa, razonable claridad.

Para explicar este recurso literario, él se refiere “a contar cosas *como si* fuesen sucesos personales, historias que forman parte de un yo que es en verdad un personaje inventado, un personaje al quien transferir sentimientos y memoria”.

Esto a uno se le antoja trasunto de otro de los grandes temas de la literatura y, sobre todo, de la poesía: el del doble, el del otro. El “Je est un autre” (Yo es otro) de Rimbaud. El viejo dilema de Jorge Luis Borges.

Ya se señaló antes que acaba de aparecer el último libro de poesía de Adolfo García Ortega, *Te adoro Kafka*. El extenso, espléndido poema que da título al libro se abre con un elocuente epígrafe del autor de *La metamorfosis* que dice: “Todo se resiste a ser escrito”. Por eso, me atrevo a puntualizar, lo hacemos.

En estas páginas encontramos de nuevo, de forma, si se quiere, más acendrada, el mundo y la voz de nuestro poeta. Así, el monólogo dramático (tan naturalmente eliotiano) del mencionado poema donde García Ortega se sirve de Kafka y de su amada para hablar acaso de sí mismo. O después, en la segunda parte del libro, *Zanzíbar*, donde escribe: “Una ciudad puede ser un límite, y un país. Pero no un mapa./ Un mapa sólo puede ser un sueño, un infinito al que llegar/ para no volver”.

Por estos poemas con distante y extraño sabor a zeta, transitan viajeros, reales o imaginarios, como Conrad, Cendrars o Verne. El viaje sigue siendo el

mismo: el que va de los libros a la vida y viceversa, siquiera sea porque una cosa y la otra no son sino una idéntica o indistinguible realidad.

Mitteleuropa se titula la tercera parte del libro, que reúne poemas de ambiente centroeuropeo. Allí, personajes que hablan en primera persona gracias a “ese juego de hacer versos” que tanto le gusta practicar: los músicos Webern (un texto memorable), Brahms, Shumann; el filósofo Wittgenstein; el poeta Trakl; Kafka de nuevo... Y de nuevo también las ciudades: Praga, Viena, París, Roma, Atenas, Edimburgo... Y otra vez lo geográfico: no en vano la cuarta parte se titula *Meridiano de Greenwich*. Y allí, días, aviones y hoteles; sueños, países y fronteras; mapas, teléfonos y puntos cardinales, claves todas ellas del imaginario esencial del poeta.

Besos y cadáveres (Baladas apócrifas de Karl Marx a sus hijos) vuelve a incidir en esa voluntad, aquí todavía más explícita y deliberada, de hablar de sí y de sus ideas, tanto da, a través de las voces de otros. Y otra vez al viaje, va dedicada la sexta parte de *Te adoro Kafka. Pequeños poemas para leer en los aviones*. No estaría mal que alguna compañía aeronáutica los incluyera entre los escasos detalles que regala; en especial para que el pasajero aterrado pudiera consolarse con la poesía antes, durante y aun después del vuelo. ¿O no conforta leer: “mejor viajar que morir en los sofás”?

Se cierra el volumen y, hasta ahora, la poesía de Adolfo García Ortega con un puñado de poemas amorosos agrupados bajo el título de *Tres inviernos*. “En la tormenta –dice- sueña la vida/ como esclarecido pensar el mundo quieto” y este par de versos finales no dejan de encerrar sino una hermosa metáfora de la poesía y de la vida, que es lo mismo: esa feliz voluntad de fijar en el instante lo que por naturaleza es tempestad.